

## ALVARO LEON

Filósofo - Universidad San Buenaventura

Docente Universitario. Miembro-Academia de la Lengua Boyacá.

Autor de los siguientes libros: *Los pasos contados de la paz*, *Metáforas de la voz materna*, *Los Senderos Narrativos de la Infancia*, *Maestros guerreros en tiempos de paz*, *Etnografía de los actos de habla*, *Las lunas de la calle caliente*.

### CONFABULAR-SE PARA MULTIPLES RESURRECCIONES

Cordialmente al gran amigo: HECTOR E. RODRIGUEZ R., por acompañarme en la aventura de oír, por las encrucijadas de la existencia.

La telaraña del lenguaje, envoltura del mundo fracturado se dispersa como un ovillo deshilachado por la fuerza de un huracán incontenible, entre los arcoíris intempestivos de la Rosa de los Vientos. Potros desbocados corren por los precipicios de la palabra donde los unicornios afilan su cuerno inverosímil. Los sentidos se crispan como tarántulas en celo y un espectáculo de desgarramiento se desparrama reventando la piel de la tierra. Magma de palabras y silencios fragmentados, corpúsculos de voces, desatando el vértigo sideral, un hervor de líneas ígneas saturando la curvatura del mundo.

La voz de los dioses que aún habitan tras las montañas, rezan para ser tentados de nuevo por Lucifer, entonan homilías por su eternidad. Rumor de encuentros perdidos entre los labios sin ecos, la resonancia entre las cosas y las palabras en los oídos como principio sagrado de la creación, el ruido y la sordera anegan el laberinto de la escucha humana.

A cada instante, en el lado oscuro de lo que nos acontece y no se nombra, punzan la nervadura de la palabra, al cruzar la arcada del silencio.

Siempre hay que estar despiertos, sentir la llamarada de la piel en la selva del relato. Narrar y cantar con quien nos acompaña, el más elemental y enigmático sentido de existir. Sin viajeros cantores no hay caminos para que se multipliquen como olvidos, noches infinitas y crepúsculos indecibles.

Tomarse la palabra y lanzar redes sobre los meandros del soliloquio, inmerso en el “ojo de agua” de la espiral de los pliegues del tiempo, donde se trenzan las alfombras para nuestros viajes siderales sobre la tierra que llamamos mundo.

Por toda la eternidad de nuestro estar siendo, no invernar y salir a buscar la alegría de la errancia. Salir de sí mismo e internarse en los bosques de la ficción que obliga al relato, al tarareo del vocablo singular de la andadura que somos de orilla a orilla, donde el río fluye transfigurando nuestro Yopiel. Ese río de aguas estancadas que al despertar imagina ser avalancha, soberbio en la inundación, intempestivo en sus cataratas.

Un arrebató de fracturas, heridas invisibles causadas por la tromba de los malentendidos.

El temblor sobre el cableado de alta tensión de nuestra imaginación, cuerpo -palabra- chispa fluyendo en la bocanada del abismo de lo jamás dicho, lo jamás nombrado.

El mutismo alterando el desliz del ojo en la página o el susurro de la lengua, encegueciendo, ensordeciendo, diseminando el arenal del yo piel, gesto del descentramiento ególatra, la imposible palabra del profeta dispersa en el desierto.

El balbuceo recogándose como una cobra enfurecida, ondulaciones calcinadas del desierto cubriendo, el agotamiento del no-yo.

La representación- mundo desliéndose, globo líquido entre los labios de los niños, jugando al atardecer mientras la playa huye, frente al Tsunami de los desencuentros.

Zumban los vocablos como abejorros desorientados alrededor de las sienes, la premonición del cataclismo y el caos primigenio, se niega al reencantamiento del resplandor creador.

No hay playas para la avalancha del susurro de los vocablos lentos.

No hay malecones para la huida y el exilio, sólo barcos de algas en los claroscuros del oleaje fatigado, quiebres y hendiduras en la telaraña del lenguaje.

El mundo se descentra y gira como la abeja y el picaflor sobre la humareda de la selva quemada.

Como espuma en torbellino se dispersa la imagen de la tierra plana.

Tímidas sombras devorando el crepúsculo de las palabras y en la lejanía, el eco tímido del canto milenario del cosmos. Se hace lenta y torpe la danza de los dioses.

La sombra macabra de la divinidad que cojea, fuga de silencios entre el paladar y los labios retornan a la invisibilidad, no hablan, encalambrados los labios como peces congelados, donde el discurso - discurre, ya no corre, gotea, acá y allá buscan la música y sólo se escucha el epílogo del ruido, se baila y se trastabilla, ya no arrulla el susurro de la Rosa de los Vientos, ni provocan ritornelos boca a boca como sostén del arrebato cósmico.

Intensifican su tinte las noches ennegrecidas con el aliento macabro de los señores de la muerte, se multiplican las cavernas y se percibe el olor fétido de lo podrido de las últimas hebras del ovillo del lenguaje, girando como trompo en la uña de la palabra despótica del amo, oculto el hervor del magma y la confusión de las lenguas.

Incendios en la selva de las palabras sobre las llanuras amazónicas del verde silencio de los símbolos en llama.

Humaredas de hojas entre los verbos, torbellinos de adjetivos ennegrecidos, raudas columnas de frases interfiriendo, el encuentro entre los dadores de palabras.

Epidemias y pandemias sin palabras que las nombren, sólo el vocablo vacío y purulento en las fauces del tigre hambriento, babea entre los labios de los viejos amos del lenguaje.

Hablan y tiemblan por temor al miedo frente a la muerte del silencio.

El silencio que grita y denuncia que, ahí, está la palabra encadenada.

Hablan y vomitan la materia fecal de sus discursos en la letra de los escribas del poder.

El polvo quemado nos convierte en soldados del mutismo, impide el goce del decir babilonio, insiste en la búsqueda del corazón de la cebolla de la lengua que vierte lágrimas.

Re-conocer que el universo humano no tiene corazón, que hablamos y desojamos el lenguaje en mil figuras, en el espejo del caleidoscopio donde nos buscamos y no nos encontramos.

Vibra nuestra corporeidad y se refigura con múltiples voces.

Ya no somos ni reyes ni escribas, ni emperadores ni amos de la palabra ni siervos del sentido.

Andariegos, errantes por los caminos desolados del habla.

Tensamos, el trote lento del vocablo a flor de labio, con las manos en la brida del potro del lenguaje, siempre de pie sobre la enjalma y con la rienda briosa del sentido picoteada por las aves de rapiña de la lisonja, repliegue del ovillo, a la intemperie de la conversación.

Y el zurcido de la piel, la travesía de la alegría y el recomienzo del silencio, en el paladar de la lengua que nos ahoga con su mutismo.

La lengua que frotaba los talones e invitaba al brindis con flores de olivo, en la cepa de los laberintos de la escucha.

Magnolias para los descansos. Aceites siderales para las travesías de los abrazos abiertos, en las encrucijadas del olvido.

Disponernos a la errancia, a la andadura, al deseo de tejer y destejer poéticamente las hablas que hablan del mundo.

Los reencuentros cruzados en las atalayas de los sueños perversos donde los vocablos se deslizan como mariposas de mal agüero por entre las verrugas de las horas, hasta que pululan debajo del paladar como abejorros cotidianos, o se resbalan en los columpios celestes, delira el amo despótico con la palabra-rayo.

Jugar con el bumerang de la palabra enredando, el adentro y el afuera de la existencia.

La tarde y la aurora boreal en la mirada que se extravía.

Imitar al niño tirando de la madeja del viento, enredado en el telar de la hora inverosímil.

Artesanos de la propia existencia, asumir el reto del instante, más acá y más allá de la consigna que encadena, hasta la mutilación del soliloquio, entonces, potencia el pensamiento presto y dispuesto a CONFABULAR-SE.

CONFABULAR-SE donde la bestia ataca y enrojece la herida con la promesa de un nuevo ataque.

Lentitud para desprender la palabra del lugar donde habla la realidad fosforescente.

Ignorar su alumbramiento. Arrancarlo de los ojos como una catarata que impide ver, el fondo de los contornos líquidos de las cosas que nombramos tejiendo nuestra propia piel.

Confabular-se dónde no te puedes reencontrar y donde hacerse visible es una prohibición.

En el lugar sobras porque eres más basura que palabra y te barren como un trapo viejo y siempre estás camino al relleno sanitario de tu bajo vientre.

Hablar dónde te lo impiden y no hay quien te escuche y si te escuchan te aniquilan, diluyéndote, ahogándote.

Ahórcate con los lazos de la ficción que te trenza y te traicionan.

Tienes que decir mil veces lo dicho para que te notifiquen como compañero, compartiendo el pan de la infamia, para que te retraten de perfil y te den el carnet de la secta, y repitas la oración de la genuflexión. Si perteneces a la tribu, repite las oraciones de la tribu y no te atrevas a cambiar de rostro o te ahorcarán sobre tu propio rostro sin rostro.

Confabular-se, donde los claroscuros de la neblina nos cobijan en pleno verano, ensimismarse en la sonoridad del diapasón de las verrugas del rostro que se resbala en la concavidad de la máscara.

Hablarse-escucharse.

Regocijarse con el ritornelo infantil que vence el fantasma del miedo.

Convertir la andadura camino al habla sobre el puente del decir y lo indecible, en un acto de borradura de la distancia, al filo del reflejo en el espejo, donde la ruta comienza y no termina, donde el sendero se encharca en el agua estancada de la mirada frente al pie que resbala, entonces, todo puede ser posible, antes y después del primer paso, sólo un tropezón y se desmoronan los abrazos cristalinos.

Despegarse del piso de greda polvorienta, de la frase estereotipada.

Desmoronar el terrón de estiércol que da identidad, junto al barrial de las ficciones.

Astillar el tronco de la ceiba y esparcir el nido de víboras que oscurece el ramaje de nuestro insensato Yo-fecal.

Hacer desaparecer el olor a greda de la piel, al dispersar los vientos inclementes que nos des-dicen y espantar las aves carroñeras de las noches de las pesadillas, las que aletean y sobresaltan con el sudor de la moralina, cuando el discurso delira y pasa por salvación, al caer por las falsas escalera de la conciencia de sacristía.

Confabular-se sobre los surcos abiertos del territorio inexistente, sordo al grito de los monstruos que re-encantan en los bordes de los bosques de las palabras nocturnas.

Negarse a escuchar el desgarrón del silencio de los idólatras que, ahorcan dioses entre sus ojeras suplicantes.

Confabularse con los tigres noctívagos y acechar al otro en la selva de telarañas que espantan con hilos altisonantes.

Romper los muros de la cárcel donde te burlas del otro, creyendo en ti.

Confabularse con el saltamontes, seguir la huella de su salto y el abismo que lo espera, olvidarse de las cojeras y encandilarse con el espejismo de las luciérnagas errantes.

Dejar de reptar como la lombriz sobre las espaldas de los amigos que no han probado el agua de ortiga de la gratitud.

Se tu propia boa constrictor, ponte a prueba y respira entre las cisuras de sus anillos.

No te hables compasivamente a la hora del crepúsculo, ni llores como la monja que ama al demonio secreto de su cuerpo y quiere que dios la escuche.

A veces, hay que sospechar que el tronco del espíritu se pudre, y, a la hora de la suprema oscuridad, lo devoran internamente las tarántulas de la charlatanería.

Huye del ruido de los moscardones que te invitan a bailar, donde el cojo hace de payaso con el argumento de la autoestima, mejor, desprende de tu rostro el espejo que te espejea, el espejo de la retina que te produce materia infectada, a la hora de imaginar.

Silba por los nidos que jamás tejiste a la hora del alba y levántate una y otra vez, hasta comprobar que estas despierto. Se tu propio labrador, tu propio agricultor.

Poda la maleza de tus palabras sobre tu cuerpo selvático, cuida de tus panales de cera en los oídos y busca flores y abejas para el invierno.

Confabular-se en las cavernas del lenguaje, para no armar madrigueras con palabras arrancadas en los basureros de los mandarines del sentido.

Palabras que gotean de las ranuras de los cielos-rasos de la lengua que habitas, cuando la casa solo es un ramaje de jergas pegadas con la baba de los políticos silvestres, creyendo que la madriguera repite el diseño de los grandes palacios del poder, mientras los de abajo confirman su existencia con el argumento de sus pedorreas.

Respirar profundo y descubrir en los vocablos vacíos, jergas que como ratas enfurecidas roen el corazón.

Muerden el habla y sumen en el olvido absoluto, naufragio en la noche de las tempestades del alma.

Trepar hasta los bordes de las madrigueras, hacerlo al salir el sol, despierto, luego de arrancar las pestañas sonámbulas, luego de lanzar por las letrinas del apartamento el aire enrarecido que no deja dar respiración a las palabras, trotar subiendo el risco de lenguaje y alegrarse de la nueva andadura, dejar de ser el cojo de la madriguera y el siervo de los ahogamientos.

Confabularse contra el rey y su corona, cuando dormita en un rincón de nuestra conciencia.

Cuando se esconde en el ropero de la memoria con estómago de ratón envenenado, por haber dejado en la alacena mendrugos de olvido como moronas de pan.

Devolver el oro al cobre y el cobre al color amarillento de la mierda. Contra la imagen de Príncipe Idiota que ocultamos y alabamos cuando nos hacemos visibles en la farándula de las representaciones o en las pasarelas de la egolatría.

Quemar el hilo y las agujas de sastre impostor.

Al comprar las telas para el cortejo, de los liderazgos interiores. En la puesta en escena de la comedia del espectador sin espectáculo.

Confabular-se contra la propia habla sin voz inventar melodías y coros sin alumnos inventar canciones sin letras ni partituras.

Actuar con los silencios y las miradas de un niño montado sobre una montaña rusa, girando locamente, alrededor del ojo anal del sol interior, sin poder atrapar las alas del viento, sin borrar la borradura del giro, el invisible calor de la tierra que se acaba de abandonar.

Desgarrarse en lo tangible del goce del instante, de lo fugaz, de lo que no se puede nombrar, en el relámpago del momento.

Quemar los vestidos de Emperador pordiosero de sí mismo, la sola desnudez ya es un mundo potenciado.

Una fábrica del yo piel en su estado de heliotropo matinal.

Un girasol desmintiendo la noche de la musicalidad cromática.

Deshilachar el vestido de emperador y con la misma llamarada, atizar el fuego, en la hoguera de la noche sombría, preferible el grito del dolor y no el ruido del aplauso.

Confabular-se de alguna manera, atreverse a cantar en los abismos. Donde la masa sorda, miope, habla con sus pastores, le regalan su lana, se dejan esquilmarse.

Contempla la araña en su telar desde sus agujeros invisibles.

Protesta frente a los días que pasan sin sobresalto alguno.

Alza los puños contra el nubarrón ennegrecido de palabras vacías y silencios inertes, desbarátalos contra el muro de la brisa insolente.

Tala y quema la arboleda de los pensamientos amaestrados y busca las cenizas del moscardón moribundo que te atormenta.

Golpear las estatuas de barro de las preguntas con respuesta, déjalas que te las respondan los idiotas, los fisgones del vecindario, las celestinas de aquellarres improvisados, a la hora de sentir la horca en el lazo de sus torpezas.

Huye de las sanguijuelas de todas las intimidades donde la INGRATITUD,  
Vela en su madriguera.

Las que chupan la sangre de la amistad en el momento menos pensado, y se portan como la Medusa que fulmina y desangra con su mirada al inocente y al criminal, a la santa y a la mujer que regala otoños al moribundo.

Huye de la arpía y de la insolente, del orfebre de la mierda y la moneda.

De la que convierte su aliento en un nido de víboras y te unta con el veneno de su propia hipocresía.  
La que cambia el don de tu palabra por un brazalete de infamias y traiciones.

Huye del macho cabrío que te abraza y te encadena.

Huye del que respira lisonjas como estiércol de paloma en una iglesia parroquial.

Del que te compra y te vende por un crepúsculo sin arbores.

Por una tarde sin silbos y ritornelos.

Confabular-se contra el semblante del ser ingrato: rebélate contra el color pálido de la Señora de lo indecible de la amistad.

De la turbulencia del silencio cuando la catarata se acalla en la medianoche de tu palabra soñolienta.

A la hora que el escorpión de la simulación.

Nos clava su propio aguijón.

Señora de los mil rostros oscuros,

Señora de la noche traidora

y la mirada enrarecida, en el mohín de la sonrisa.

Señora de la mentira con rumor a eternidad.

INGRATITUD: señora con garras de tigre, malherido, agazapado entre los labios en los matorrales del aplauso efímero.

Allí, las manos suenan como cascajal, sobre la ruta de los adioses partidos.

Señora del verano y del olvido desértico.

Carraspera de la palabra, la palabra ensimismada en su propio mutismo.

Confabular-se contra la mirada ingrata.

Que se alimenta como el roedor de pequeñas migajas.

De su propia carne a la espera del ave carroñera.

Señora de la máscara del payaso perdido entre las cisuras de su propia sonrisa.

Confabular-se con las palabras que le temen al amanecer, para que el relato del sueño nos deje ver lo que no somos sobre las palabras camaleónicas que desfiguran las llanuras del habla, palabras que desdicen de su presencia como el ladrón a pleno día, las que se esconden como ratas en sus madrigueras y sólo esperan la turbulencia de la luz para vestir de luto.

Confabular-se con los abrazos que desgarran la finitud del ser y el decir.

No atreverse a silenciar las tormentas del cuerpo, lo subterráneo de la memoria sin palabra, la pesadez que huye frente a la confabulación.

Los pájaros del olvido trinan como aves sin nido al atardecer, entonces, el crepúsculo acompaña eternamente, el estremecimiento de la piel de guerrero, enfrenta la alegre mañana de la lucha, la eternidad del giro del girasol enredado en las sienes del alborozo.

Confabular-se con el goce de la ausencia que se rompe como el habla tímida en la greda del oído. Habla criptica, crepuscular, en el vuelo de las manos que saben de la finitud del instante, lo inevitable del olvido en la encrucijada de la memoria, rebotando contra la lejanía del aliento. Levántate e invoca a los espíritus de la guerra y sé guerrero de ti mismo y no soldado de la muerte.

Confabular-se entre las hendiduras rocosas de la palabra.

Sentir el palpito de la hora del recomienzo, donde nuevas palabras se burlan de tus dientes de leche y el labio muelco del vocablo entrecortado, o de tus bigotes de amapola donde el arado del tiempo hunde su estilete en el vientre del surco, donde tu piel siente la mano del curtidor de mismidades, del cebollero seductor que busca el imposible corazón de la promesa la semilla de la queja abriéndose a la sordera del nunca jamás.

La mano azotada por la intemperie del verano.

La piel desojada por los calendarios de las tempestades que provocan el recogimiento y el mutismo hiere como un agujón y la tentación del goce tibiándose entre el crepúsculo y el atardecer.

Los torbellinos de viento oscureciendo la palabra en el desierto que interpela sobre los bordes de las cataratas de la memoria.

Ser errancia y canto, sobre los caminos narrados y no narrados.

Confabularse contra el olvido bajo la lluvia de las heridas sin nombre.

Dejar que los recuerdos replieguen sus alas, mariposas adormiladas entre las zarzamoras del soliloquio

y el desparpajo de los matorrales.

La lluvia abriendo el alfabeto del tiempo en la cresta del oleaje del instante, donde la andadura se quiebra sobre la trocha sin camino.

Solo fragmentos de piel hirviendo entre la olla rota de la soledad, escondida en la alacena de la casa sin palabra que la nombre.

Unos contra otros en el fondo de una humareda y el gesto de la impotencia.

Ser sin palabras opacando el rostro y los de siempre, recontando sus palabras gastadas.

Cascajales invisibles, virutas de silencio entre el aserrín de las calles donde las ratas hambrientas que se declararon amor eterno brincan unas sobre otras, y con las patas traseras imitan la danza de la muerte.

En las esquinas se alborotan los pregones de los que ganaron y perdieron todo, mendicantes de las apuestas perdidas, de los que ganaron todo sin haberlo apostado.



Más allá de y más acá del juego de la vida y de la muerte, donde lo humano se sierra como un puño rabioso que da vueltas en la cola de un perro sin amo.

Inmersos en las cavernas del lado oscuro de la palabra, inventar batallas para no perder la voz, no huir frente a la imagen borrosa que hace joroba sobre las espaldas, sé tu propio espectro y espántate consigo mismo, procúrate la distancia de tu sombra con el ruido de tu palabra, coloca en tu balanza lo que no posees y te pesa y regálalo a los buscadores de siervos y animales circenses, dejarás de caminar como un elefante fatigado.

Dejarás de colgarte como un orangután atrapado en la selva de su mente.

Por un momento, ama tus propias cadenas y vuela como una mosca sobre tu podredumbre de hombre de letras.

Donde el mar ha borrado las islas y los archipiélagos, encontrarás rumores de instantes y sirenas de olvido, no gozarás de la aurora boreal que nunca imaginaste.

Ni del aleteo de las aves carroñeras que te persiguen porque te interesa solo la pecueca del Talón de Aquiles de tus amos y nunca pudiste, al despertar colgar tu mirada como una luna errante en los labios de su brote volcánico.

Jugar al adivino, al filo de la letra de los soliloquios sin tiempo y el trance de las horas, donde aún puedes oír ese rumor de lo múltiple festejando el instante y el brillo del amanecer que despierta y señala lo inverosímil del camino, el camino que irrumpe y reta como el torero frente a la bestia, dando el pecho, la furia del instante, sin la espada y el capote, dando fin a la soberbia humana que puede ser, el final de un relato y la sangría de la letra.

La palabra nombrando la herida que busca el dolor de la escucha.

El recogimiento de la plegaria donde el girasol tibia las lunas que fueron sollozos, los sollozos que hirieron como ventiscas en el lugar donde los rostros negaban los espejos y el goce de la mirada.

La andadura amorosa siempre, a la vera del camino como peregrinos del arco-iris.

La ficción de pieles entretejidas, buscando la bendición de las manos y el gesto del goce del instante. Siempre la tentación de las orillas y el extravío de la presencia.

El enigma del silencio que huye por entre los arrozales de las sienes y la palabra que busca el filo del crepúsculo.

El olvido como una fumarola quemando la frialdad de las palabras en los cuencos de la voz congelada.

CONFABULAR-SE desde el vientre del lenguaje como picapedrero de la lengua.

Horadarla, agujerearla, multiplicar los ritornelos y espantar los miedos que produce la gramática del saber-poder.

Con-fabularse contra todos los amordazamientos, las injurias y las infamias, donde quiera que el amo despótico intenta capturarnos y devorarnos.

Donde quiera que petrifica el espíritu jugueteón del poeta en las afueras de la ciudad, donde está prohibido el silencio y la palabra matinal.

Darse de cabeza contra el muro del sentido y el conflicto de las interpretaciones.

Sentirse como Daniel combatiendo con las palabras en una cueva de leones hambrientos, volver a tomar la trompeta de Gedeón, hacerla resonar siete veces hasta desmoronar las cadenas de la mansedumbre.

Danzar alrededor de las murallas del Yo-piel y romper con la vibración del canto, el diccionario de piedra de las palabras que no te dejan navegar al otro lado de tu ser.

Con-fabularse para potenciarte como ser para múltiples resurrecciones, no como ser para la muerte, olvidar la feria de las plañideras, en los velorios sin Eternidad.

Escucha tu propio canto de plañidera abozalada y con tu propio rostro ríete, frente al aniquilador de tu lengua.

Habla por cuenta propia y no mendigues una sola frase al vecino que ignora el afuera de la lengua.

Canta, narra y te oirán hasta las aves de mal agüero.

Se tu propio enterrador de la comarca, vive tu propia eternidad y deja que tu cuerpo hable con su propia piel, escúchalo en su profundidad parapetado en su superficie de arreboles y horizontes con otros girasoles.

Con-fabular-se, donde la lengua huele a podredumbre cuando es salivada por el ritual de las murmuraciones, por el ritual de los amancebamientos con el cuerpo del Estado.

Si nunca te confabulas, no has nacido, no has existido, vegetas y al verse en el espejo, solo contemplarás el gesto macabro de la lengua de los señores de la muerte, lamiéndote la sin-razón de tu existencia.

Con-fabúlate y te maravillarás como el navegante con tierra desconocidas y renacerás con solo pulsar la tecla de tu deseo.

## LA AURORA BOREAL DE LA ESCRITURA

¿Y si el heliotropo remonta la cubre boreal y el sol está dormido?

¿Y si el poeta quiere cantar y la palabra huye?

¿Y si la luna y el sol han dejado de encontrarse, que senda perdida le queda a la escritura?

Aún nos queda la voz para cantar y narrar el último instante de la muerte que suele convertirse en un grito de vida.

Brote de alas en el eco indecible del quiebre de la tarde, entre los racimos de uvas exprimidas por catadores invisibles.

Olor a pétalos de amapola soñolienta y sonos de tambores en las yemas de los dedos al paso de un viento irreverente.

En los bordes de una copa fermentada por los años sin rastro del olvido.

Rebote de la inquietante imagen de la noche con su arco de sombras.

Entume el silencio vespertino, ovillo de luna clara al iniciar la noche.

Se desboca la oscuridad por los precipicios de la piel que hace de cascada en el lamento final de porfiados salmones en júbilo de muerte.

La profunda noche de la palabra cae como un torrencial aguacero sobre mis labios de olivar en flor.  
Tras los hilillos transparentes del lenguaje, empluman los silencios como aguiluchos en los acantilados del alma.

Las palabras se aprisionan unas sobre otras, revuelven sus olores y pujan por salir a la superficie del cuerpo desde sus polos en deshielo.

En los bordes de la tierra hueca de la palabra espero el milagro de la aurora boreal.

Lo multicolor de sus aristas y la magia de la piedra esmeraldina iluminando la noche del verso.

Pesan las pestañas como arco iris cansados sobre las altas montañas de la escritura nublada.

Trepan como hiedras silenciosas por entre la ceiba de sombras de mis manos.

Musgos verdes para los re-comienzos de mi piel de sierpe rozando las piedras piramidales de la eternidad de lo indecible.

Desciendo y se rompen los claros de luna ahogando el murmullo del silencio al filo de mis sienes.

La noche reptante sigilosa lamiendo espumosos venenos.

Hoja lenta sobre el abismo de mis manos implorantes de manzanas y pieles de palabras amorosas.

Ya roza mis oídos el diapasón leve de los ecos alegres.

Bordeo la línea del alba. Las letras, estalactitas de fuego, brillan como cardúmenes de peces cristalinos entre los borbotones de la sangre.

Se derriten como teas nocturnas, enciegan a los que han olvidado los cantos del destino en el titilar de las estrellas.

La andadura del día abre sus fauces de animal agazapado.

Succionan los pechos flácidos de la palabra vacía, entre las hojarascas de las vocales insonoras y el dejo de cantar.

Cuando nos fulmina el ojo del huracán de la palabra cadavérica y se arremolinan en la boca como moscas, los malos amantes ignoran que la piel femenina es la parte cóncava y convexa de la tierra, y que hay dolor en los herbarios de los descifradores de insomnios.

Escucho el campanilleo del rocío del silencio en los bordes de la palabra.

Es la media mañana resbalando en su cuenco de risas sonoras.

Cruza y envuelve mis sienes el arbol de la aurora, respiro el aire puro de los heliotropos que crecen en la ladera de la colina de la escritura.

El silencio se convierte en agujijón entre la piel y la carne, estoy camino al habla: siento el desgarrón de la palabra mañanera que nombra el mundo y lo coloca entre el ojo y el oído.

Existo: mi grito invoca una oreja sideral donde el infinito sea un espejo que lo multiplica hasta borrarlo.

La pregunta me doblega: ¿qué veneno contiene la tinta de mi escritura?

Busco y no encuentro la palabra que invoque el instante de la ensoñación sin temor a que la dilapide un viento furibundo y la convierta en pesadilla.

La palabra gotea de los labios de los dioses que siguen soplando el globo del infinito y solo quieren acompañar al que brinda sin sonrojos por la eternidad humana, la que nos hace mortales antes de que la muerte sea la figura de una guadaña oxidada y Dios la piedra donde hay que afilarla.

Y todo puede suceder en la medianoche del silencio sobre el desfiladero del amanecer alegre de la escritura por donde puede advenir la vida.

¿Dónde encontrar a la invisible, invisible mariposa agorera que encienda sus alas y se pose silenciosa en el corazón de la palabra?

Tal vez, en el vientre milagroso de la oruga.

¿Dónde escuchar su ascenso leve de heliotropo soñoliento cuando dobla sus pétalos entre la piel de la caricia el instante fugaz?

Suenan entre mis dedos otoñales las caracolas lentas por entre los ríos de la página borroneada.

Dejan sus huellas las venas rotas cuando el grito rompe los labios de la palabra imposible.

Entre las hierbas que empujan la mañana hacia los despeñaderos de la alegría se quiebran las letras que se niegan a tejer una palabra.

Arden y se retuercen como crótalos venenosos en las arenas calientes de mis desiertos interiores.

¿Dónde seguir el rastro de la que todo lo adivina y sólo entrega su verdad en copas de vino reverberantes de veneno a quien se deja acompañar hasta el supremo instante de su muerte?

¿Para qué seguir su huella debajo de la arboleda de la Rosa de los Vientos con los pies huracanados y heridos por los alacranes del destino?

¿No será acaso, la invisible, invisible mariposa agorera, aquella callada mujer que pasa y teje su ausencia con hilos del ovillo del deseo en el telar de los cuatro puntos cardinales?

¿Será, ella, la que nos persigue desde el alba hasta la hora vespertina en el falso jardín de las delicias que inventamos bajo el sol canicular y nunca lo regamos?

¿Será, ella, la imperceptible estela de agua y ecos de sonos de marimba que dejan los barcos como signo de desafío a las tormentas de los mares hiperbóreos?

¿Es, ella, la innombrable, el acallado silencio de las horas cabizbajas, apostando minuto a minuto lo que hay de fantasmal sobre la cara de los dados en el juego de la ausencia y la presencia?

Ella, se enreda a mis sienes como un arco iris que regala vibraciones de color entre las altas montañas de la ensoñación. Y como volcanes de tamarindo estallan sus colores entre mis labios y corre la lava sobre la piel amenazando con sus silencios quemantes. Y, a la hora del alba suenan sus marimbas y sus ecos sonoros invitan a la danza.

Es el canto premonitorio del ave agorera que invita a la reflexión temprana donde toda incertidumbre se deslíe como gota de rocío entre las palmeras del olvido.

Coloco mis manos sobre su espalda tibia, la froto como un rayo de luz en la pupila ciega. Siembro madre selvas diminutas entre los poros de su piel y espero el milagro del silencio... Coloco mis manos sobre su boca de ébano y soplo sobre los tallos del otoño de las palabras que retoñan y espero que, el eco de la voz vaya y retorne como un mensajero fatigado que se ahoga entre balbuceos ininteligibles desprendidos de la última llama de la carta quemada.

¿Qué vestido luce a la hora en que el pétalo de la flor de la cicuta golpea sobre el rostro del fatal instante de las premoniciones?

¿Qué máscara desfigura su rostro en la mañana y cuál a la hora en que la tarde se recoge en un ovillo de sombras desleídas?

En el umbral del crepúsculo: un gesto indescifrable enciende el mohín de su rostro frente a la penumbra del ensueño.

Y, a la medianoche cuando todos los silencios se arremolinan como un grito entre la piel y la carne, la risa juega con su eco anonadado frente a la nada de su espejo. Y, más allá del espejo se fragmenta en mil pedazos, hasta encontrar el sollozo de su nombre.

¿Y, si no es de ella, de quién hablo?

¿Sobre quién escribo cuando todos los fuegos del mundo se han apagado y sólo queda la medianoche de mi silencio?

¿Entre qué vaho de nubes indecibles entibia su cuerpo de agorera si no retorna el origen de la palabra en el momento soberano de las voces sin eco entre la multitud de gritos sin escucha?

¿Acaso, no es ella, la sopladora, la atizadora de los fuegos que sollaman los cardos resacos del corazón cuando se deslíen los claroscuros de la voz entre los escombros de la saliva amarga?

¿Y, si desaparece la golondrina en el tejado, a qué hora empezará la madrugada?

¿Y sin ella, dónde encontrar el otoño, a la ahora en que mi cuerpo es solo caricias entre sus senos, de las ensoñaciones entre las cenizas de la carne olvidada?

¿Si, es ella, la que nutre el eterno insomnio de la palabra que vela, de la palabra que dibuja claroscuros sobre la sombra que los cuerpos no pueden saltar para volver a encontrar el grito originario de la infancia?

¿A dónde encontrar a la invisible mariposa cantora de los secretos que sólo la risa de la muerte sabe celebrar?

¿Por qué suele aparecer como una fragancia primaveral, a la ahora en que el cuerpo es sólo una osamenta que suena como un cascajal bajo la hora canicular del mediodía?

¿Por qué sólo hace presencia cuando sentado en mi silla estercolera me creo rey de mi comarca oral y, apenas soy un simple príncipe idiota que me embriago con mi propia podredumbre?

¿En qué hendidura de mi palabra se esconde?

En qué momento dobló su pétalo vespertino, como se dobla una caricia perdida en el abismo del adiós?

Y, cuando la invisible agorera de los caminos que no conducen a ninguna parte, hace de acróbata sobre la cuerda floja del abismo y no damos el primer paso por temor a traicionar nuestros deseos de guerreros apostándole a la vida-muerte, volvemos la mirada y se escapa la invisible agorera bajo la carpa del circo del argumento que inventamos como trampa para no soltarnos de los cabellos de la estupidez que nos sostienen.

¿Dónde quedan las fuerzas guerreras que dan vueltas como una guirnalda de olivo verde sobre las sienes y sólo queda la rigidez reseca del tallo sin hojas y sin flores?

¿Dónde se han cortado las hojas del ramo que sólo es alucinación depravada de un momento etílico, producto del brindis socarrón de la delirante idea de poder entre soberbios y embrutecidos burócratas del discurso?

¿Y, si ella pasa y no escucha mi canto y sigue su andadura y se pierde por entre la maleza de los brazos de las multitudes que han perdido su voz?

¿Dónde sentarme a escuchar el canto de la rana que solitaria se desmaya debajo de una gota de rocío?

¿Y, si el canto de la rana no es mi canto y se cruzan nuestras soledades entre los ramajes, donde encontrarla para que su presencia nos llene de melodías a la hora vespertina?

Las horas que gastamos buscando en los bolsillos la última moneda que nos queda para jugarla por ganar un último instante en el mercado de las emociones, la que te dice:

cámbiate las nalgas para que veas el mundo de otra forma, para que lo contemples de para atrás y no con la mirada, esa moneda no ha pasado por la fragua del herrero que llevamos dentro, porque desde antes de nacer ya se han apagado todos los fuegos del universo y los dioses siguen tras de las montañas descansando de los errores cometidos por fabricar hombres de barro.

¿Dónde escuchar el tono y el ritmo de la canción que llevamos dentro, la que resuena en el abismo de las palabras que no pronunciamos, porque no creemos en nuestra voz, porque no escuchamos el

ruido de nuestras entrañas, cuando el sol se reúne con el silencio de las sombras que como hierbas de ébano crecen en la orilla de nuestro cuerpo oculto?

Crece nuestra piel como una aurora desplegada sobre la cordillera de nuestros deseos. Crece inmensamente, y se prende a los zarcillos de las estrellas que aún velan sobre nuestras sienes.